

Diarios

2004-2007

Iñaki Uriarte

Índice

2004	7
2005	45
2006	93
2007	151

2004

C

ONTINÚA LA BUENA RACHA y casi no apunto nada.

En algunos momentos pienso que cinco años tomando notas me han curado de la necesidad de tomar notas.

De todos modos, espero seguir con estos archivos, a los que vuelvo a veces como quien vuelve a casa, y soy yo mismo el que me abro la puerta y me recibo y me doy conversación.

MIGUEL INSISTE EN que me «atreva» a publicar. Dice que lo que tengo es miedo.

Tal vez, pero como el miedo platónico que tengo a los cocodrilos, a los que no pienso acercarme nunca.

De nuevo digo lo mismo. En un estado psicológico ideal no escribiría nada aquí.

TUSSELL LLAMA HOY a X en un artículo «un pelín hortera». Seguro que es lo que más le ha molestado. A él, tan *snoB* y amante de las relaciones distinguidas. Mucho más que la descalificación de sus ideas.

Recuerdo cómo Jon me preguntaba con el mayor interés a ver quién era Pedro Ugarte, quién era aquel desconocido jovenzuelo que, en un artículo del periódico, se había burlado no solo de su conferencia, sino también de su vestimenta, concretamente de su «corbatilla de cuero».

Que alguien se meta con tu pinta irrita más que si lo hace con tus ideas, incluso con tu capacidad intelectual.

B. nos preguntaba el otro día: «¿Tengo yo cara de cuajada?». Alguien había escrito en un artículo de *Gara* que B. tiene cara de cuajada. Era lo único que le había molestado de un artículo donde seguro que lo ponían a parir entero.

X SE ENCUENTRA con ama. Le dice que yo le llame para ir a una cena que celebran todos los años los de mi clase del colegio.

X era mal alumno. Ayudarle a falsificar sus notas fue un episodio iniciático de mi vida. Casi tanto como la vez que descubrí que B. dejaba como nuevas las pelotas de tenis manchadas por el polvo rojo de la tierra batida lavándolas en la bañera de su casa con agua y jabón y no limpiándolas con «un líquido especial que solo vendían en Francia», según nos había engañado durante mucho tiempo.

Así aprendí lo que era la mentira. Con perplejidad, miedo y creo que cierta admiración. ¿Cómo podían arriesgarse a ser descubiertos y quedar en ridículo? Más tarde he sido muy amigo de enormes mentirosos. Yo miento mal.

He tenido siempre entre mis mejores relaciones a gente que eran los últimos, o los malos de la clase, aunque yo fuera de los buenos y los primeros. En general, casi todos ellos están ahora muy por delante de mí en los puestos de la vida. Sacan mejores notas y son señores mucho más respetables.

Pero no he querido ir a lo de X. ¿Tal vez para no sentirme a estas alturas entre los últimos de la clase? No creo que sea por eso. Tal vez por la enorme pereza de tener que explicarles lo que he hecho, más bien lo que no he hecho, en todos estos años. Y además, supongo que no me acordaría de muchos de sus nombres ni de sus caras.

¿Me recordarían ellos mejor a mí? Pienso en la simpatía que me mostró Almandoz cuando nos encontramos el día de Año Nuevo paseando por la arena de la playa, junto al Pico del Loro: «¡Hombre, Uriarte!», a pesar de que yo le había saludado con un profundo y cariñoso: «¡Hombre, Salaverría!».

ANA HA EXPLOTADO hoy: «¡Es que lo peor que te puede pasar es vivir!».

La idea es vieja como el mundo, pero no creo que ni Teognis, ni *Madame* du Deffand, ni Schopenhauer, ni Cioran la expresaran con tanta convicción.

Tengo en gran estima la capacidad filosófica de Ana. «¡*Carpe Diem!* ¡*Carpe Diem!* Pero ¿qué quieren? ¿Que me ponga un tanga y me vaya a bailar a la Gran Vía?», le oí una vez.

ME HE INTERESADO más por los individuos que por las grandes construcciones sociales y la Historia. Me ha resultado más atractivo y menos arduo. Sé poco de Historia. Sé mucho más de Montaigne que de Felipe II, estrictamente coetáneos.

Me gustan frases como estas:

Emerson: «No existe la Historia, solo biografías».

Valéry: «Historia son solo Libros. Y arbitrarios. Para cada accidente y lugar hay infinitos puntos de vista».

Sonríó al leer a Richard Feymann: «Pocas dudas puede haber de que el descubrimiento por parte de Maxwell de las leyes de la electrodinámica será juzgado el acontecimiento más importante del siglo XIX».

Cuando escucho a alguien decir que no lee literatura, pero lee Historia, deduzco que lee poco. Y, desde luego, que nadie le pregunte por Maxwell.

Así, un entretenimiento para esta última parte de mi vida es poner un poco de orden en todo el revoltijo de datos «históricos» que bailan sueltos en mi cabeza, dentro de mis posibilidades, porque tengo una especie de problema clínico con este asunto. Organizar un mínimo esquema que no me haga sentirme tan paleta. Sin dejar fuera a Maxwell, claro.

LE LLAMO A Fernando Savater. Apenas le conozco, pero tengo su teléfono y sabe quién soy. Incluso estuvo una vez en esta casa, y yo estuve un par de veces en la suya. Le llamo para protestar. Ha publicado un artículo en *El Correo* para quejarse de que en las listas de los mejores libros del año elaboradas por los periódicos vascos no sale ninguno de los muchos escritos por los famosos constitucionalistas. «Pero yo si cité tu autobiografía *Mira por dónde* en la lista que me encargó el propio *El Correo*», le digo. Reconoce que no lo había leído y veo que se refiere sobre todo a las listas de *El Diario Vasco*. No deja pasar una y noto que lo que le enfada es que no acaben de hacerle la estatua en su pueblo. Yo creo que se la merece. Y en la plaza de Guipúzcoa. Aunque solo fuera por aquel maravilloso libro sobre San Sebastián que escribió una vez. Al tiempo.

El otro día me encontré con Juan A. y tomamos un café en el Dómine. Juan comentó que ha vuelto a ver recientemente la película *Moby Dick* y se acordó de Savater y de su primer libro, *Nihilismo y acción*, con su epílogo dedicado al capitán Achab. Según Juan, Savater se ha trasmutado en una especie de Achab, obsesionado con la ballena blanca del nacionalismo y sin otra actividad que soltar arponazos a diestro y siniestro a cualquier cosa que se lo recuerde. Nos reímos. No creo que a Savater le disguste la comparación con Achab. «Si yo estoy haciendo lo que hago, es porque de pequeño leí *El Capitán Trueno*», dijo hace no mucho.

En la encuesta a los críticos de *El Correo* sobre cuáles nos parecían los tres libros más destacables del año pasado, dije algo

que ya he dicho otras veces. Que, guste o disguste, Savater se ha ganado a lo largo de tres décadas un título parecido al que alguien otorgó a Gide en su época: el de «contemporáneo esencial».

Al menos lo ha sido para mí. Además de un esencial orientador de mis lecturas, hubo una época en que yo acostumbraba a decir que Savater era como mi interina intelectual. Llegaba de vez en cuando con un artículo en el periódico y me ordenaba y limpiaba en un momento todo el desorden, el polvo y la anarquía mental que yo tenía en la cabeza sobre algún tema de actualidad. Dejaba presentable lo que antes de su llegada albergaba mucho de desbarajuste. Desde hace unos años me parece que no limpia tan bien, aunque nunca viene mal su ayuda.

De Savater tengo unos treinta o cuarenta libros, incluido un ejemplar de la primera edición de *Nihilismo y acción*, con el epílogo sobre el capitán Achab, que apareció en 1970. Savater tenía entonces 23 años y yo 24. Le había conocido el año anterior, durante unos de esos *txiquiteos* por San Sebastián con Carlos Sanz, Marta Cárdenas, Juan Berraondo y otros de los que habla en su autobiografía.

Me llevó al bar Marta Cárdenas, en el verano siguiente a mi curso en París (donde medio me enamoré de ella, sin éxito). Desde el primer momento Savater llamó mi atención. Era el centro del grupo. Me pareció una persona muy singular, que no paraba de hablar y de reírse y que citaba cosas rarísimas para hacer escarnio de ellas, como no sé qué artículos de Pemán en el *ABC*. Cuando salió aquel primer libro suyo, le escribí desde Barcelona para felicitarle y asegurarle que tendría en mí a un lector fiel y agradecido. No sabía yo hasta qué punto. Me acuerdo de haberle comentado en la carta que lo que él parecía preconizar como bueno para todo el mundo, coincidía punto por punto con la impresión que me había causado en persona. Esto le gustó, pero yo se lo había dicho sin estar seguro de que aquello fuera bueno. Su «filosofía» solo me parecía apta, pensé entonces, para gentes con su carácter, energía, labia y alegría congénitas, cuando lo que yo

2005

TÚ TE HAS PUESTO alguna vez un cucurucho de esos?».

«No».

«Pero ¿estás pensando que a lo mejor aquí sí te lo pondrías?».

«Sí».

Eran las doce y cuarto y habíamos recibido el año en Benidorm. Por primera vez en nuestras vidas, al aire libre, rodeados de gente que no conocíamos, bajo unos fuegos artificiales. Volvíamos a casa por la playa. Mirábamos con envidia las bolsas de papel de plata que algunos llevaban en las manos. Grandes sobres resplandecientes llenos de cucuruchos para la cabeza, serpentinas, confetis, silbatos, antifaces, matasuegras. Hablábamos de lo que nos gustaban en nuestra infancia los matasuegras. Reviví aquel sabor a cartón húmedo de sus embocaduras, chupadas hasta dejarlas deshechas. Vinimos a Benidorm para comprobar cómo habían quedado la cocina y el cuarto de baño, que han reformado en nuestra ausencia. Esta nueva manera de entrar en el año nos ha cogido de improviso. No me extrañaría que, si volvemos alguna otra vez por estas fechas, compremos una de esas bolsas plateadas y nos pongamos un cucurucho en la cabeza.

No ESTOY MUY seguro de que me siga gustando la literatura. Al menos no como antes. O tal vez no he tenido suerte últimamente. He leído los recientes libros de Marías y Bolaño, obras maestras para muchos. No creo que vuelva a ellas nunca.

Sin embargo, he leído con ganas y gusto los libros de Pauls, Dalmau y Espada sobre Borges, Gil de Biedma y Pla, y los nuevos diarios de García Martín y Ostiz.

¿Qué se relee? Aquellos libros que te han interesado y de los que sabes que te has dejado mucho por el camino. Aquellos que te produjeron un placer intenso y singular, que no podrías encontrar en ningún otro libro.

Leo ensayos biográficos y diarios con mayor interés que novelas. ¿Será porque escribo estos archivos? ¿O porque creo que me hacen saber, mejor que una novela, lo que es, o puede ser, o quiere ser una persona?

Castilla del Pino, en el periódico, encomiando el valor de la literatura: «Conozco mejor a Ana Karenina que a mi mujer». Sí, y también a Caperucita Roja. Qué majadería. O qué pobre mujer.

Borges, en «Profesión de fe literaria»:

«Este es mi postulado: Toda literatura es autobiográfica, finalmente [...]. El personaje que importa en la novela pedagógica *El Crítico* [...] es el fraile Gracián [...] Asimismo, nuestra cortesía le rinde credulidades a Shakespeare, cuando este infunde en cuentos añejos su palabreo magnífico, pero en quien creemos verdaderamente es en el dramaturgo, no en las hijas de Lear. Conste que no pretendo contradecir la vitalidad del drama y de las novelas; lo que afirmo es nuestra codicia de almas, de destinos, de idiosincrasias, codicia tan sabedora de lo que busca, que si las vidas fabulosas no le dan a basto, indaga amorosamente la del autor [...]. He declarado ya que toda poesía es plena confesión de un yo, de un carácter, de una aventura humana. El destino así revelado puede ser fingido, arquetípico (novelaciones del Quijote, del Martín Fierro, de los soliloquistas de Browning, de los diversos Faustos), o personal: auto-novelaciones de Montaigne, de Tomás de Quincey, de Walt Whitman, de cualquier lírico verdadero. Yo solicito lo último».

Borges escribió este artículo cuando tenía unos veintisiete años. Luego, toda la vida fue muy pudoroso y apenas desveló datos sobre su intimidad.

En la madurez y vejez, su «profesión de fe literaria» habría sido completamente opuesta a la de su juventud. Así, jugó a reivindicar la idea de Valéry: una historia de la literatura anónima. No la historia habitual de los autores y accidentes de sus carreras que estamos acostumbrados a leer, sino «la historia del espíritu como productor y consumidor de esa literatura». Para alabar a Shakespeare, dijo que era «nadie».

Borges, el más solicitado de los escritores de su tiempo, insistió en minusvalorar la importancia del autor o el interés por su persona. Se había hecho mayor, se percataba de que su vida había sido un poco rarita y no le atraía la idea de que alguien indagara en ella. Pero, si yo leo con tanto interés a Ostiz o a García Martín, ¿cómo lo haría con un diario de Borges?

Proust también repitió en *Contra Sainte-Beuve* que la vida de los autores no importa, sin duda temeroso de los biógrafos, que no le han dejado en paz. Pero Proust ya contó muchísimo de sí mismo en su libro. «Se puede decir todo —le replicó un día a Gide, que le recriminaba por no hablar claro de su homosexualidad— pero sin decir “yo”».

Yo, que tantas veces digo «yo», comparto, como el joven Borges, «nuestra codicia de almas, de destinos, de idiosincrasias, codicia tan sabedora de lo que busca, que si las vidas fabulosas no le dan a basto, indaga amorosamente la del autor». Ahora acaban de salir dos libros escritos por las criadas de Borges y Proust: Fan-ny y Céleste. Voy a ir rápida y amorosamente a comprarlos.

VISITA DE PERU. Toca un rato a Bach y dice: «Esto es lo que voy a hacer cuando me jubile».

2006

PASAMOS LA NOCHEBUENA EN familia, en San Sebastián. Mantenemos esa costumbre. Nos gusta. Salieron los dos temas clásicos de discusión, el papa y el rey.

Hace tres años nos enzarzamos en el asunto del nacionalismo y acabamos fatal. Joana terminó llamándome «mierda de vasco», o «vasco de mierda», no recuerdo. En los dos años siguientes no se ha vuelto a suscitar el tema y hemos regresado a la vieja tradición de la *disputatio* a grito pelado sobre el papado y la monarquía.

Patxuko se disfrazó de Papá Noel y entró por la ventana del jardín delantero de Toni Etxea. «Ahora vete a otra casa, vete a otra casa», le dijo Jon enseguida, mientras comenzaba a abrir sus regalos. No sé cómo son los niños de ahora. No estoy seguro de que esa Nochebuena quede como un «recuerdo imborrable» en su memoria, según dice Tere que nos ha quedado a nosotros aquel 6 de enero en que vimos a los Reyes Magos en Villa Izarra. Pero esta vez al menos habrá fotos y un video que atestiguarán la veracidad del prodigio. A los niños de hoy, sometidos a estímulos de todas clases, ¿qué más les dará que se les aparezcan Papá Noel, los Reyes Magos, la Virgen de Fátima, un súper héroe o un alienígena de color verde? De hecho, el Papá Noel que entró por la ventana de Toni Etxea el otro día era a la vez Papá Noel y el Olentzero, sin que la duplicidad del personaje suscitara en Jon ni el menor asombro.

Nochevieja en Málaga, con Carlos. Allí es inevitable el tema del nacionalismo. Carlos está obsesionado. Ha dejado de desayunar Nesquik y comer fabada Litoral porque son productos de

empresas catalanas. Menos mal que lo de ahora es el nacionalismo español contra el catalán. A María y a mí nos cae un poco más lejos. Hacía un tiempo espléndido.

María ha vuelto una vez más inquieta por su familia, un conjunto inestable y muy poco sistematizado.

Este año el nuevo integrante ha sido un chico encantador de Senegal, Aziz, novio de Gema. Se conocieron por Internet.

Cristinita canta en una conocida pizzería de Marbella y sale con un camarero alemán, experto en informática.

El novio de Eva es un italiano.

José Ramón y Cristina vuelven a vivir a Fuengirola, después de haber pasado unos años en Alcalá de Henares. Y etcétera.

A María le preocupa este lío. A mí me hace gracia y le digo que su familia es mucho más moderna que la mía, más propia de los nuevos tiempos de que hablan los periódicos.

Los periódicos, la tele y los libros hablan del mundo en que vivimos: la globalización, el desarraigo, las crisis del yo, la pérdida de los lazos de pertenencia, la movilidad de los nuevos sujetos, los riesgos de esta inédita situación de fragilidad.

Pero también hablan de las bondades que ello puede provocar: el cosmopolitismo enriquecedor, las nuevas oportunidades y recreaciones de los individuos, el alejamiento del espíritu de campanario, la ganancia de una manera de ser más universal y humana.

Se ha evaporado, según dicen, la solidez de las viejas estructuras sociales.

«En nuestros modernos tiempos líquidos, donde el héroe popular es el individuo sin trabas que flota a su libre albedrío, “estar fijo”, “estar identificado” inflexiblemente y sin vuelta atrás, tiene cada vez peor prensa» (Bauman).

A nosotros, todo eso no nos corresponde. Vivimos en un Bilbao convencional y burgués que no ha avanzado un paso desde

Balzac. A menos de cincuenta metros de esta casa siguen «Los Encajeros» y «Martina Zuricalday», dos tiendas que ya frecuentaba mi abuela. Comemos las mismas tartas y pasteles que traían a San Sebastián desde Bilbao cuando éramos pequeños. María compra los camisones donde los compraba la madre de mi padre. Por esta calle pasa un negro al mes. Si lo hacen el alcalde o el director del museo, me saludan y les saludo. El barrio es céntrico. Esta mañana he salido a dar una vuelta y he comprado, todo a menos de doscientos metros del portal, una caja de agujas para inyectarme la insulina, un cartón de tabaco, una novela, seis coca colas, un tarro de avellanas, una botella de aceite de oliva, los periódicos y el pan. Tengo los médicos a cinco minutos. A igual distancia ocho cines. Nuestra casa es nuestra y espléndida. Mientras apunto esto suenan al otro lado de la calle las campanas de la iglesia donde (aunque ya veremos) se celebrará mi funeral. Ayer ofrecimos una fabada a unos amigos y ahora estamos planificando un viaje a Canarias. Tere acaba de subir con Jon para ver al gato (que no se ha dejado ver). Luego han ido al trastero con María a guardar el árbol de Navidad. ¡Qué desarraigo ni qué crisis de identidad!

María dice que todo esto le da mucha tranquilidad. A mí supongo que también, pero no impide que me sienta algo envidioso de no ser más moderno.

Max Frisch definió la identidad como el rechazo de lo que los otros quieren que seas. A mí me sucedió en otro tiempo. «Yo, desde luego, como esos no voy a ser», les dije una vez a ama y aita en el desaparecido restaurante Artagan, señalando a un grupo de ejecutivos trajeados que comían en una mesa vecina. Ama lo recuerda a menudo: «Se me cayó el alma a los pies», suele decir. Fue un día en que habían venido a visitarme desde San Sebastián, cuando yo estudiaba economía y derecho en Deusto. No he sido como aquellos de la mesa vecina del Artagan, eso es verdad, pero ahora no soy muy diferente. Algo de especial me ha quedado, aunque no mucho. Ya no hay nadie que quiera que sea otra cosa que lo que soy. Ya no tengo identidad, según Frisch, pero estoy

2007

PASAMOS LA NOCHEVIEJA EN casa de Carlos, en Málaga. Allí nos tocó enterarnos de la vuelta de ETA a los atentados, con el coche bomba de Barajas y los dos ecuatorianos muertos. No me lo esperaba. Nunca acierto con estos fanáticos. En lo que acierto siempre es en prever la reacción de los más derechistas ante los movimientos de ETA. Si declara una tregua se sienten contrariados. Si vuelve a los atentados, se vivifican.

No tengo ni idea de lo que va a venir. Por ahora, no pienso ir a la manifestación que ha convocado Ibarretxe con el lema «Por el diálogo y la paz». Monsergas. Que digan claramente: contra ETA. La responsabilidad del PNV por no haberse opuesto drásticamente y siempre a esos anormales es innegable.

LA DECADENCIA DEL langostino.

Ayer leí un verso de Rubén Darío donde aparecen unos langostinos.

Se encuentran en un lujoso poema titulado «El faisán». En él hay también fresas, champán, «cristales llenos de aromados vinos» y «rosas francesas en vasos chinos». Todo ello podría seguir siendo presentado a la mesa en un poema de hoy, incluso el faisán. Pero los langostinos, los pobres, me parece que ya no.

COMENTO CON ANTÓN que hasta Stephen Hawking ha hablado de los males que presagia el famoso cambio climático, que a Antón no le parece ni tan cambio ni tan malo. «¿Y qué sabrá ese?», dice.

La Ciencia es la receptora actual de las esperanzas que antes se ponían en la Religión. Los científicos son sus sacerdotes y Hawking uno de los cardenales más importantes. Las palabras de Antón me suenan a blasfemia. Me río, pero un científico de una rama determinada suele saber muy poco de las otras ramas de la ciencia.

Y aquella frase del protagonista de las *Memorias del subsuelo*, de Dostoyevski: «Reconozco que lo de dos y dos son cuatro es excelente cosa, pero de ahí a ponerla por las nubes...».

EL PASO DEL tiempo.

«Me ha dicho que estoy muy guapa».

«Me ha dicho que estoy muy joven».

«Me ha dicho que tengo los huesos mejor de lo que corresponde a mi edad».

«DIOS HIZO A los gatos para que los hombres puedan acariciar a los tigres». Desaparecería toda la gracia si intentáramos decir: «La evolución biológica hizo a los gatos para que los hombres puedan acariciar a los tigres». Esa faceta de Dios como genio de la lámpara de Aladino es una pérdida irreparable.

«WELCOME IURIARTE» ME saluda el robot del *New York Times*. Todavía me asusta un poco el trato personal que me dispensa esa máquina.

Una vez al mes, el robot me envía una lista de los diez artículos más leídos del periódico en los últimos treinta días. Hoy he visto que viene uno titulado «Libre albedrío: ahora lo tienes, ahora no lo tienes».

Es un asunto como para poner nervioso a cualquiera. Cada vez que leo algo sobre el libre albedrío, y siempre leo todo lo referido a ello, siento vértigo.

«No hay proceso físico del que se sepa que no sea determinista o aleatorio», dice un científico en el artículo de hoy.

¿Qué es, pues, el libre albedrío? ¿Algo mágico, fuera de las leyes de la física? No creo en el libre albedrío, esa es la verdad. Pero también es cierto que no sé muy bien cómo no creer en él durante más de dos minutos seguidos.

Spinoza explicaba que si una piedra lanzada al aire cobrara consciencia de sí misma, se imaginaría que estaba volando libremente. Pero allá las piedras con sus problemas. La cuestión es qué hace una persona consciente cuando piensa que Spinoza probablemente tenía razón. ¿Deberá considerarse a sí mismo igual que una piedra que va de aquí para allá a expensas de fuerzas que lo que llamamos «yo» no controla en absoluto?

Schopenhauer dijo: «Podemos hacer lo que queremos, pero no podemos querer lo que queremos». Y el autor del artículo de hoy escribe tan tranquilo: «Una serie de experimentos realizados durante los últimos años indica que la mente consciente es como un mono cabalgando un tigre de decisiones y acciones subconscientes e inventándose frenéticamente historias que cuentan que es él quien tiene el control».

A Einstein todo eso le tranquilizaba: «El saber que la voluntad no es libre me protege de perder el buen humor y tomarme demasiado en serio a mí mismo y a los demás como individuos que actúan y juzgan». A ver si algún día llego a ser tan bien humorado como Einstein. Y me acostumbro a recibir mensajes de tú a tú del robot del *New York Times*.